

LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— XIII —

POMBO RAFAEL (1833-1912).—*Jardín Sonoro*.—2ª Ed. sin f/ ni p/ de Imp. Probablemente en Bogotá, en 1905. 51 págs. 11 x 20.

El 20 de agosto de 1905 fue solemnemente coronado en Bogotá, como poeta nacional, Rafael Pombo. La fiesta tuvo cumplido efecto en el Teatro de Colón, gracias al tesonero empeño que a favor de ese objetivo justiciero desarrollaron dos jóvenes periodistas, redactores de *El Escudo*: Jesús del Corral y Alfredo Gómez Jaime. Con el correr de los años, el último de los nombrados, también sería coronado, a la manera de Pombo, y, por una feliz coincidencia, intervendría también en su coronación, el gran orador académico D. Antonio Gómez Restrepo, a cuyo cargo estuvo la oración gratulatoria en honor de Pombo, en la velada de agosto de 1905.

El Presidente de la República, General Rafael Reyes, ofreció la corona de oro que manos femeninas habrían de ceñir a las sienes del poeta. Bellas mujeres formaron corte de honor en torno suyo, y artistas y poetas condujeron en hombros al laureado, hasta el sitio de la escena. En esa ocasión, Gómez Restrepo dijo: "Esta fiesta no es un homenaje gracioso; es el cumplimiento de un acto de justicia. Y debemos congratularnos de que la suerte haya permitido que no sea esta una reparación póstuma, una de esas apoteosis de ultratumba, inútiles para el agraciado, con que las sociedades olvidadizas tratan de ponerse en paz con su conciencia y quizás de halagar su propio orgullo. Regocijese, pues, la patria, de poder arrullar, con un himno de triunfo, el alma de niño de su egregio cantor, en las horas melancólicas de su crepúsculo otoñal, y antes de que la mano de la muerte lo haya conducido a la región del misterio, haciéndolo inaccesible a nuestras pobres alabanzas...". Pombo tenía a la sazón 72 años, Gómez Restrepo, 36.

No consistió en esto solo el homenaje. A raíz de la coronación, alguien, cuyo nombre no hemos podido averiguar, o quizás un grupo de poetas y literatos del núcleo de *Revista Contemporánea*, que dirigían a la sazón B. Sanín Cano, Max Grillo y Laureano García Ortiz, tuvo la feliz ocurrencia de imprimir hermosamente un opúsculo, presidido por el retrato de Pombo, con una selección escogidísima de sus más señaladas poesías y una como crestomatía o corona poética formada con las más hermosas composiciones escritas en su honor y loor.

Las poesías de Pombo que el folleto reproduce fueron: *La Hora de Tinieblas*, *Preludio de Primavera*, *Mi Amor*, *La Viejecieta*, *De Noche* y *El Gato Guardián*, lo que demuestra el buen gusto del antologista y su perfecto conocimiento de la obra poética del bardo homenajeado, ya que, en realidad, difícilmente hubiera podido hacerse una selección más sobria y cabal de lo más característico de la poesía pombeana, en sus diferentes manifestaciones.

Se abre el opúsculo con unas sentidas palabras liminares de Rafael Espinosa Guzmán (*Reg.*) en las que el escritor destaca la permanente vitalidad lumínica de la obra inmortal de Pombo, frente al fenómeno del ocaso biológico del poeta, cercano ya a penetrar en los dominios de la noche definitiva.

Le sigue una soberbia página de Ricardo Tirado Macías, *La Marcha de la Corona*, en el peculiar estilo tribunicio, grandilocuente y sentencioso, tan del gusto de la época, y tan propio de quien tenía en grado sumo el don de la oratoria.

“Pombo —escribió Tirado Macías— representa una raza espiritual, sembradora de semillas inagotables, hacia la cual hemos vuelto los ojos fatigados, instintivamente, como en busca de lo que falta a nuestros corazones combatidos por todos los vientos. Hacia aquel cielo hay que tender la vista especialmente en solicitud de esas virtudes capitales. Ejercitémoslas si queremos vivir en la memoria de los que se levantan”.

Como lo hiciera Gómez Restrepo en el discurso de la coronación, Tirado Macías comprendió la perennidad de la obra de Pombo: en vano, —dijo— el Olvido perseguirá su nombre. Porque escribió con sangre, y porque fue sincero. Fue fiel consigo mismo. Ni vil ni cortesana su Musa, ni bacante, jamás se vio al servicio de las torpezas ni las canallerías. Decrépita y maltrecha se empeñó a veces en forjar baratijas, ella, en sus días gloriosos, cinceladora irreprochable. Y hoy mismo, ya próxima a extinguirse así como la llama, de cuando en cuando alumbraba la oscuridad del ambiente, con reflejos envidiables. Es triste, a la verdad, envejecer. Parece como que declinar fuera un castigo. Para las almas de sentir melancólico es muy bello el crepúsculo. Ciertamente es hermoso cuanto camina hacia el ocaso. Pero sobre Pombo ya va a hacerse la noche... La ve llegar tranquilo. No es turbado su sueño por ningún grito desgarrador. Sus manos no empujaron a nadie al calabozo, ni vida humana se tronchó por su causa, ni se empapó la tierra sedienta con sangre derramada por él, ni gimieron en desconsuelo y abandono los débiles por él...”. Palabras, las últimas, que debieron de haber llegado al fondo del alma del poeta, por el magno elogio que encierran y por haber salido de labios de un adversario político suyo, de la arrogante combatividad de quien las profería.

El ejemplar de este opúsculo, que poseemos en nuestra Biblioteca particular, debió de haber pertenecido a algún lector erudito, quizás al propio Pombo, por las correcciones que contiene. En efecto, el impresor pasó por alto los versos 5º y 6º de la estrofa XIII de *La Hora de Tinieblas*, que en las ediciones de Pombo figuran así:

*¡Libres y la voluntad
es plena para el deber!,*

y en el opúsculo que comentamos, corregidos de esta manera:

*Libres y la voluntad
Es esclava del deber...*

Además de las ya mencionadas selecciones del laureado poeta, y de los artículos consagratorios de Espinosa Guzmán y Tirado Macías, contiene el opúsculo las siguientes poesías, dedicadas a Pombo, con motivo de su coronación:

Oración lírica, por Carlos Villafañe; *Telepatía*, por Guillermo Valencia; *A Rafael Pombo*, por Víctor M. Londoño; *A Rafael Pombo*, por Julio Flórez; *Saludo cordial*, por Javier Acosta; *Balada de los corazones cansados*, por Aquilino Villegas; *Viajero*, por Max Grillo; *Rafael Pombo*, por Federico Rivas Frade; *Laude a Rafael Pombo*, por Ismael López; *Relieve*, por Pacho Valencia; *A Rafael Pombo*, por Diego Uribe, y *Armonía Véspera*, *Responso*, por Alberto Sánchez.

Todas estas ofrendas líricas, sin excepción, son dignas del gran poeta laureado, y forman, en conjunto, y al par que las selecciones pombeanas, un verdadero *Jardín Sonoro*, como reza el título de este raro y curioso opúsculo conmemorativo. Sin embargo, no vacilaríamos en señalar, como el florón más hermoso de la diadema armoniosa, el bellísimo soneto de Valencia, que se nos quedó en la memoria desde cuando en la infancia hojeábamos la colección de *Revista Contemporánea*, en la Biblioteca pater-
terna:

*Estoy lejos, muy lejos de tu fiesta encantada,
Pero lleno mi espíritu de tu sér, de tu gloria
Y de tus versos, música de una flauta ilusoria,
Que arrulló muchos sueños de amor con su tonada.*

*Estas horas propicias son la nube dorada
De tu ocaso, una chispa viva sobre la escoria
De la vejez y el broche de luz que ata una historia,
Meta de oro en el tardo final de tu jornada.*

*Te coronan. Yo lejos, pienso en tí bajo un roble
Cuyas hojas el agua se las lleva cantando,
De onda en onda hasta el linde más ignoto del mundo.*

*Les consagro a tus glorias este símbolo noble
Del árbol y del agua y las hojas de blando
Rumor, del mar, del polo y el misterio profundo.*

En tres conceptuosas estrofas, fruto, al parecer, de afortunado repentismo, dijo Julio Flórez su sentir poético, de esta manera:

*A tí, viejo cóndor, mi aplauso sube,
como aromoso incienso de mi alma;
¡yo soy humo, tú, nube!
¡soy arbusto, tú, palma!*

*Pero mi exigua pequeñez se atreve
a engarzar un laurel en la corona
que hoy, como halo de luz, brilla en la nieve
que el tiempo en tus cabellos amontona!*

*¡Que perdure mi ofrenda
de tu gloria en la lumbre!
¡Mira, es un bosque de laurel tu senda!
¡Salud, viejo cóndor, tuya es la cumbre!*

Es curioso observar cómo fue la Musa parnasiana de Colombia la que sembró de rosas el camino de la apoteosis del mayor poeta romántico de nuestra historia literaria. Al par del de Valencia, es memorable el repujado y repulido soneto con el que Víctor Londoño saludó los laureles en las encanecidas sienes de Pombo:

*Es fiesta del amor. Todo se ufana:
El trópico florido se alborota
Y el estandarte del ensueño flota
Bajo el cimborio azul de la mañana.*

*Enflora tu dintel la caravana;
Un coro juvenil vibra la nota
Para el cantor, en cuyo labio brota
El verbo de la estirpe americana.*

*Al consagrarte un rito legendario,
Trenza en tus sienes la zagala amante
Cámbulo ardiente y roble centenario.*

*Resuena el bosque de laurel y palmas:
Sobre lucio bridón cruzas triunfante,
A conquistar el reino de las almas.*

Vibran de emoción, recatada tras la marmórea y bruñida malla con que los vistió el artífice, estos versos magníficos, casi desconocidos, de Pacho Valencia:

*Este es aquél que, un día no lejano,
Escuchó con piedad en la colina
Del Amor, una fábula divina
Del labio de un mesías del Arcano.*

*Aquél sin par que desgarró con mano
Fervorosa la rama en que culmina
La gloria, y se bañó en la matutina
Esencia de un perfume apoloniano.*

*Este es aquél cuya elación evoca
Los fueros infrangibles de un pasado,
Y que hoy cansadamente, con la boca*

*Tocada del sabor de acerbias mieles,
Va con rumbo a lo ignoto, doblegado
Por el peso triunfal de los laureles.*

Recuerda el *Laude* a Rafael Pombo, de Ismael López (Cornelio Hispano), las diáfanas y sencillas estelas griegas, en la jocunda serenidad de estos tercetos, que destilan leche y miel:

*Bendito seas blanco Pastor de los Pastores
d'este suelo, mañana los que canten amores
recogerán tu flauta que tornearon las diosas,*

*Y en una noche clara, allá lejos, muy lejos,
bajo la sombra hermana de los robles más viejos,
las zagalas del Valle te ceñirán de rosas.*

El hermoso tomito de *Jardín Sonoro*, "de corte fino y largo", y de hojas y cubiertas sujetas con rojo cordón de seda, debió de haber circulado, en selectos medios, antes del 20 de agosto de 1905, día de la coronación de Pombo. No figura en el opúsculo el magistral discurso de Gómez Restrepo, ni otras poesías, algunas muy meritorias, con las que bardos colombianos se asociaron al homenaje de nuestro máximo poeta nacional. Tal el caso de *Himno Tardío*, de Manuel A. Carvajal que se publicó en el número 12 de *Revista Contemporánea*, de septiembre de 1905, y que dice de este modo:

*En derredor silencio. El bosque adormecido
callaba; mas a poco llegó de los confines
un rumor de alegría que soplabá en mi oído
los acordes triunfales de más de cien violines.*

*Ese tocar victoria ya me era conocido,
y mi alma, recogida como un fraile en maitines,
deshojó la leyenda de todo lo vivido:
arias tristes, amores y líricos festines.*

*Ensueños fracasados por la melancolía
de saber muchas cosas que ignoro todavía,
y mas... Mas, ¿qué sucede? Se entristeció el paisaje.*

*Pararon los violines en una nota incauta,
y yo corté una caña para hacer una flauta
y cantar a tu gloria con mi flauta salvaje.*

Cuenta Gómez Restrepo en su *Historia de la Literatura Colombiana* que en los días que siguieron al de la coronación de Pombo, el poeta se intentó de separación de la corona española que, al fin y al cabo, representado parte principal en el homenaje, y que luego se recluyó en su lecho, para no volver a levantarse nunca, "como si la coronación hubiere equivocado a una patente de defunción...".

Hermosos tiempos aquellos, que la lectura de estos viejos libros evoca, en los cuales todavía las gentes se ocupaban en el grato empeño de cultivar la poesía y de hacer ostensible la gloria del poeta.

En Colombia, que recordemos, solo muy pocos bardos fueron objeto de una consagración semejante a la de Pombo, que fue el primero que la recibió: Julio Flórez, José Joaquín Casas, Alfredo Gómez Jaime, Ricardo Nieto y Aurelio Martínez Mutis. Cuando el pueblo de Santander se apres-

taba a la coronación nacional de su máximo cantor, Ismael Enrique Arciniegas, falleció el poeta, antes del homenaje. Y, por una dolorosa y al mismo tiempo feliz casualidad, fueron justamente Nieto y Martínez Mutis quienes cantaron a la corona inútil, en loor del poeta muerto.

Hay mucho de melancólico en estas apoteosis crepusculares, como aquella de la que fue objeto Pombo, en 1905. Cuanto encierra de amargura y desencanto, díjole el francés Fauvel, en un soneto inmortal, magistralmente puesto en castellano por Arciniegas, muchos años antes de su frustrada coronación:

*Cuando en el día ansiado del triunfo, a mi camino
Flores el pueblo venga solícito a regar,
Y alborozado llegue con el laurel divino,
Símbolo de la gloria, mi frente a coronar,*

*Seré encorvado anciano, doliente peregrino
Que nada de la vida ya tiene que esperar,
Fatigas y pesares, rigores del Destino,
Me habrán robado todo cuanto era grato amar.*

*Vibrarán de la fama las dulces armonías...
Los ojos cierra entonces, y piensa en esos días
Que huella en nuestras almas dejaron al pasar,*

*Cuando sin nombre, oscuro, te daba frescas rosas,
Y mis primeros versos, que en noches silenciosas
Tu corazón de virgen hicieron palpar...*

Arciniegas, Flórez, Martínez Mutis llegaron al sitio de la consagración suprema no solo cuando las primeras sombras de la noche definitiva comenzaba a insinuarse sobre ellos, sino también cuando la inconstante Fortuna les había vuelto las espaldas. En estos países turbulentos de Latinoamérica, la consagración a la poesía puede granjear fama impecederera, pero suele labrar también, fatalmente, la miseria irreparable. Por rarísima excepción, de ese infortunio libróse Pombo, como lo advirtió Tirado Macías en *Jardín Sonoro*, cuando dijo que el laureado poeta hubiera llegado al término del éxodo desvalido y menesteroso, si Fortuna no hubiera sido con sus abuelos pródiga.